

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante quince años (2003-2018) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

El n.º 160 *He escrito todo mi desamparo*, es una antología del poeta Hellman Pardo para esta colección, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo del mismo autor.

Selección y cuidado de
Hellman Pardo



N.º 160

Hellman Pardo

*He escrito todo
mi desamparo*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-

© Hellman Pardo, 2019
© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Septiembre de 2019

Imagen de carátula
Boulevard Montmartre, una mañana de invierno, por Camille Pissarro,
óleo sobre tela, 64,8 x 81,3 cm., 1897

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CAMILLE PISARRO (Saint Thomas, 1830 – París, 1903). Pintor danés, considerado como uno de los padres del impresionismo. Asistió a la Escuela de Bellas Artes de marcado corte académico e influenciada por el estilo de pintores como Eugène Delacroix, Charles-François Daubigny y Jean Ingres. Relacionado con sus ideas socialistas y cercanas al anarquismo, se interesó por plasmar el trabajo del campesino y pintó la vida rural francesa. También son famosas sus escenas de Montmartre. Fue profesor de Paul Gauguin y Paul Cézanne. La obra “The Boulevard Montmartre on a Winter Morning” se encuentra en el MET de New York*.

* Nota tomada de <https://www.arteespana.com/camillepissarro.html>

CONTENIDO

Camino [9], Oleaje [10], Viento de abril [11],
Mundo [12], Yolombó [14], Mapiripán [15],
Bojayá [16], Macayepo [17], Cumaribo [18],
El Salado [19], La Horqueta [20], Urrao [21],
Jamundí [22], Remedios [23], Trujillo [24],
Ciénaga [25], El Aro [26], La llorona [27],
Pablo Cepeda, creador de insomnios [28],
Israel Menunga, panadero [28], Thelonus Monk [31],
Gabriel Siria, recolector de vidrios [32],
El cojo Barrios, guardagujas [33],
Amílkar Espitia, el herrero [34],
Abraham, relojero [35], El mariscal Victorio [36],
Isaías Ronderos, el sastre [37],
Víctor Suárez, el guerrillero [38],
Esperanza Arévalo, la actriz [39],
Sandro del Musgo, el carcelero [40],
Lorenzo Campos, el asesino [41],
El ahorcado [42], El cayado del ciego [43],
El falso llanto del granizo [44],
Reflejos [46], Retrato del olvidado [47],
Monólogo de Joaquín Ronderos [48], Oruga [49],

Una larga cosecha entre las aguas [50],
Niebla [52], Sombra en los postigos [53],
Tratado del cuerpo [54], Historia del agua [55],
Señales [56], Balada del deseo [57], Salvedad [58],
Tarros de leche [59], Ardilla roja [61],
Arena suelta que dispersas con tu mano [62],
El comienzo de los frutos [63], El reloj [64],
La ventana [65], La puerta [66],
Sobre pájaros, árboles y sombras [67],
Gelman por Hellman [70]

CAMINO

Lo he hecho todo:
sembré un árbol donde no recuerdo,
escribí un libro que nadie ha leído
y tengo un hijo que nunca veo.

Lo he llorado todo:
he llorado la muerte, el amor, el destino,
la miseria, el hambre, la distancia
y ya no queda sal en ninguna lágrima.

Acaso al fin lo he escrito todo:
mil quinientos setenta y nueve poemas
con treinta y un centavos,
tres cuentos, dos ensayos,
noventa y tres informes,
una renuncia,
siete cartas, once mensajes en la nevera,
tres mentiras, cuatro grafittis,
setecientas trece firmas
-incluida la renuncia-.

Un árbol, un hijo, un libro,
un destino, un amor, una muerte,
un hastío, un dolor, una cólera.

He escrito todo mi desamparo.

OLEAJE

Para qué callar
tanto silencio arrepentido,
tanto amor a la deriva.

Bajo qué movimiento esa pálida muerte
llegará con sus arcabuces
a deshacernos el mundo.

Estas manos que aún esperan
caminar ilesas por algún lejano cuerpo,
quizá ese cuerpo,
dónde irán a reposar de tajo.

Río que fluye desvelado,
océano y lágrima,
catalpa de hojas negras sobre un viejo páramo,
ese oleaje es el amor de los hombres.

Para qué callar entonces
tanto amor a la deriva,
tanto río.

VIENTO DE ABRIL

El viento,
ese antílope que rumia corazones,
camina por el estribor de nuestra piel
y deja con su voz aplacados los cedros,
la vereda fértil,
la cordillera.

Se deshojan sus manos
alcanzando las últimas horas de los días
en que dejamos de ser esta espuma de hombre
y nos volvemos suyos,
desamparados.

Cuando vamos de un lugar a otro,
cuando somos
solo el óxido de la vida
y sentimos cómo nos limpia el cuerpo
y abandona su mundo para poder logrnarnos,
el viento,
ese fuego que consume nuestros rostros,
nos hace saber que estamos vivos
y que extenderá su sequía recién lavada
por la cornisa de la tierra.

El viento,
blanca sombra del día y de la noche.

MUNDO

Ser naufragio y parecer que nada es nuestro,
tenerlo todo y morir por ello.

Amar el mundo que llega con sus olas
y nos encalla al relámpago de la vida.

Golpear un minuto y otro
y acaso otro
para que el tiempo no siga devorando
el presente movedizo
y nos sumerja en el tímido futuro.

Temblar de frío cuando la lluvia desluce
este cuerpo que cargamos con nosotros
sin poder cambiar de forma,
como el humo.

Partir sin decirle adiós a nadie,
sin la fragilidad de sentirnos desolados
en algún lugar lejano.

Amanecer a orillas de un río duplicado,
desnudos,
como cuando éramos simples animales
mirando sin deseo a la propia especie
y aún creyendo en el Paraíso.

Reposar el alma que nos cuesta a veces
y colgarla en las cuerdas
para que en alguna hora bendecida
sangre el cuerpo bajo el alba.

Volar vida,
volar,
con la noche ahogándose en la tarde.

YOLOMBÓ

Hay pesadumbre en los muros de esta casa,
una amargura de cargar el cielo raso.

La verdad cansa.

Lo sabe esa humedad en las esquinas
que respira un moho parecido al hambre
invadiendo el traspatio.

Dicen por ahí
que los gritos permanecen adheridos a las paredes.

Aún se oye la tortura como áspero aleteo
del guardacaminos.

MAPIRIPÁN

No es el golpe invernal de catalpas atormentadas
que tropiezan con la noche
o el rencor de las luciérnagas
cuando naufragan por el aire
y llevan a media asta
las alas húmedas de abandono.

No es la fatiga del valle,
tardío arrepentimiento de cuchillos
jubilados.

No es el hambre
o su llanto en el estómago.

Asciende una fiebre imperturbable
en aguas solísimas.

Es el río Guaviare, madre,
su aguacero,
estanque de cuerpos condenados
donde lavabas y herías la ropa
contra las piedras de tus pechos.

BOJAYÁ

En la pesebrera de cemento
los rampleros lanzan el gas.

En la túnica de San Pablo,
suspendido en un campanario de agua,
penden tres dedos talados
como bayas a punto de caer.

Catedral o cementerio,
los huesos cabalgan su propia floración
cuando el gas extiende su parábola en el aire.

MACAYEPO

En qué extraña piedra perdura
el rostro de los derrotados.

Cuántas veces tajar la niebla,
la carne,
los duros huesos en la pesadilla de las casonas.

Las catalpas soltaron sus búhos al alba
y el camino
sus piedras,
su culpa,
su polvo.

CUMARIBO

En el río
un niño muerto sobre la humedad de la piedra.

En la piedra
un torvo gallinazo punzando la piel caída.

En el gallinazo
el viento desplazándose con urgencia.

En el viento
el tañido funerario de las desapariciones.

Otra inocencia profanada,
otro plumaje rompiéndose en el río.

EL SALADO

Para llegar al pueblo es necesario contar las cabezas
que ruedan como semillas de pomelos.

En el centro de la plaza
se verá girar la rueda del calvario
con su pesado estambre de delirio.

Allí las gaitas y tamboras crepitan
un ruido incesante,
un ronroneo de fantasmas
en la cacerola de los gatos.

Más allá,
en el terraplén del horror,
sobresalen los Montes de María
que van muriendo de un lento cansancio
en sus raíces.

Hay que resguardarse
de las esquirlas de los muertos
que aún rondan las casas:
gritan de noche,
tartamudean nombres de apóstoles caídos.

Es fácil el camino que llega a su herida,
huelen a tabaco
las bayonetas sobre los cuerpos.

LA HORQUETA

Los vendedores de lluvia
dicen que el hielo de los muertos
suele inmolar al recién nacido.

Que su olor pestífero dura
lo que dura
el maíz en anunciarse.

No es cierto,
les digo.

No es un recién nacido lo que entierran
en el fondo del fondo.

Son labriegos que tazan con su amocafre la lejanía
mirando la piedad con un ojo ciego.

URRAO

Soy maquinista de una barcaza hecha
con maderos de abandono.

La heredé del llanto de una mujer andina
fusilada en la guerra.

Una tarde me hicieron descender de la barcaza
y conmigo
a todos los viajeros.

Dijeron que nos arrodilláramos cerca a la desolación.

Nos arrodillamos
donde el alambre de púas advertía
el color del sueño.

Se escucharon entonces diez caídos
como jobos maduros
buscando tierra
mientras el sol se hundía en la trocha
lento, derrumbándose.

Te hablo desde el cobertizo de la memoria,
desde la hora muerta y su estampida.

JAMUNDÍ

Nosotros,
único estruendo posible
en el tímpano de Dios.

TRUJILLO

En qué pan duro hallar las arrugas del perdón,
la poca piedad que permanece así,
callada y contemplada
por cuerpos suspendidos en la luz de nadie.

Qué tierra es esta.

En dónde ser fuego desnudo,
ser esperanza bajo el Cauca torturado
si apenas somos
hijos en los hijos del miedo,
extraños perseguidos en esa luz de nadie.

CIÉNAGA

El verano estalla en mi rostro
y los desaparecidos parten a otro país.

Árida luz.

Nos quiebra el mar
y advierto sus relámpagos
en la costilla del golfo.

Los pañuelos agitados sobre el dique,
un viejo arpón oxidando ciénagas.

El verano se abre
bajo el ramalazo salobre de las olas
y los desaparecidos parten a otro país
como lápidas tiradas en la pupila de una lágrima.

EL ARO

Por la soledad del corregimiento
avanza un hombre cubierto de maleza.

Se arrastra sin hacer ruido,
como un largo exilio que se arruina
en los galpones del alma.

Atrás aúllan los perros.

Su cuerpo pronto será roca de sangre,
el tibio huevo que se romperá en el pecho del destino.

LA LLORONA

En las Guerras del llanto
solo persiste la sed.

Toda aldea conserva sus espantos,
su manera de preguntarse
si lo irreal es también posible.

En Catalpa, por ejemplo,
se oye el torpe rastro de La Llorona
en los matorrales prohibidos
de lo lejano.

Por su espalda
desciende el cabello como cascada de árboles,
tálamos de siemprevivas
que agitan los ángulos del río.
Un escapulario ampara sus huesos húmedos.
Sumida en la vergüenza,
se envuelve con la túnica del arrepentimiento.

La Llorona tiende a chapolear el agua,
a enlodarla con su grito culpable.

Cuando la medianoche se enmusga en el tiempo,
el llanto salta la planicie,
sus altas quejas profanando
el tímpano de los durmientes.

PABLO CEPEDA, CREADOR DE INSOMNIOS

No es la inmovilidad del sueño,
es la movilidad de las alucinaciones.

Guardo en vasijas de arena
la ilusión del ciego:
imaginarse la resonancia de la luz
cuando extiende su amanecer
entre bosques talados.

Dejo que sienta la redondez de su fruto,
su opacidad más blanca.

Solo allí puede contemplar el silabeo
del loro caminero,
el desprendimiento de todos los soles
en el sol noctámbulo.

Para el ángel llevo en mis alforjas
las alas perdidas del último cernícalo
que consumió la madriguera del insomnio.

Forjador de espejismos,
carga en la sombra
las pesadillas del general Santander
tras su largo exilio por los jardines de Vauxhall.

De la niebla
formo el escalofrío que logra aferrarse al ciego,
al ángel,
al general que aún se encandila
con los vestigios rotos de la Ibáñez.

Para los demás mortales,
viejos cántaros donde se recoge, en reposo,
la vigilia.

ISRAEL MENUNGA, PANADERO

El trigo
debe recogerse antes que lo acaricie
la levadura del alba.

Cada semilla con su pulmón abonable,
con el latido picapedrero de su médula.

Para que su aliento alcance
el punto preciso de la madurez,
ha de mezclarse
el almidón con el agua de lluvia
que solo se encuentra en los párpados
de una mañana desvencijada.

Nace el pan en la tierna espiga de la comunión,
en mis manos
que siempre buscan amasar la melancolía.

THELONIUS MONK

En la tarde en que los paraguas relamieron
la humedad estancada de Catalpa,
un forastero visitó la posada de Lorenzo Cercas.

Decía llamarse Thelonus Monk.

Pasaba por allí buscando estribillos de guerra,
viejas partituras de gorjeos provocados
por algún alcaraván hechicero.

Sostenía
un clavicémbalo en cuya asonancia
se empozaba el aire con fugacidad.

Alguna vez, en la plaza Isaura,
tres ejes estallaron de improviso.

Sin conmovearse,
Thelonus extrajo de su sombrero
las llaves del desamparo
y ajustó los ejes
que ya pendían de un tallo de olivo.

La música es hija de la fatalidad,
dijo,
y continuó pulsando las clavijas.

GABRIEL SIRIA, RECOLECTOR DE VIDRIOS

Voy por las calles buscando botellas
y migas de vidrio
para venderlos a Pablo Cepeda.

Encontré en los restos de Facundo
la ventana que forzó para robar el clavicémbalo
de Thelonius Monk.

En los escombros de Elisa,
tres o cuatro palabras descendidas
de un cielo sin lenguaje
junto a sus anteojos agrietados
por la página en blanco.

Hace dos años
tropecé con la voz frenética de Nick Drake
guardándola en el espejo clandestino
de Javier Solís
y aunque no soy Nick Drake
y Javier Solís es una ficción que seré
cuando me escuche
en el himno de los vidrios al romperse,
he curvado el espejo
para apoderarme de sus cuerdas vocales,
allí,
en el dobladillo de la música,
donde el único color verdadero
es la transparencia.

EL COJO BARRIOS, GUARDAGUJAS

El comisario de caminos dice que soy el empleado
que ajusta los desvíos del ferrocarril.

La afirmación es vaga.

Es cierto que enlazo las bifurcaciones del día,
las cargas que arrastran la ceniza de los torturados,
sin embargo,
prefiero que las buenas gentes me recuerden
como un anacoreta del olvido.

Lo destruido se ahúma en cada aguja removida.

Encarrilo los compartimentos que temen inclinarse
por el peso de carbones recién extraídos
en la desgracia.

Es tarde.

El tren dejó de anunciarse hace cinco meses.

Aún espero sus vagones sonámbulos
en la línea que traza la distancia.

AMÍLKAR ESPITIA, EL HERRERO

Labrar el hierro
es mirar con dureza las estaciones.

He levantado con lingotes sólidos
la viga que soporta el campanario de Catalpa.

Forjo en el yunque de la misericordia
 las herraduras de caballos tristes
 en cuyo lomo cabalgan el fuego,
la nostalgia, los pétalos del amor.

El fuego es un metal pesado
que construye señales en la clandestinidad.

La nostalgia
 es la niña muerta del recuerdo.

Los pétalos del amor
son las semillas perdidas
 en el pico de un colibrí.

Labrar el hierro
es cargar un martillo en el hombro
y mirar con dureza la luz
 apolillándose a sí misma.

ABRAHAM, RELOJERO

En la galería de asombros
perdura un viejo reloj
de engranajes desconocidos.

En su reverso se lee
fait par Abraham Breguet.

Dice el pendulero
que lo encomendó María Antonieta
y que en su construcción tardaron
cuarentaicuatro años y algunos días.

Del mecanismo
giran piñones en forma de península
donde una polea invisible
hace deslizar en su arquitectura los segundos.

Allí el tiempo extravía su perpetuidad,
oscila como un girasol
que tartamudea el destino.

Cuando el espíritu de Abraham
ajustó el último de los pernos,
la reina de Versalles
ya había muerto en la guillotina.

EL MARISCAL VICTORIO

En las tácticas de combate
es permitido montar el potro de la expiación.

Recuerdo huir montado en su lomo izquierdo
perseguido por falsos héroes. por la colina

Asomaban los fusiles de polvorera
para amedrentar a mi ejército.

Ya no tengo ejército.

Todos han muerto.

Pero un mariscal siempre será un mariscal
aunque en su pecho cargue un falso héroe
o las espuelas en el potro exhausto
al lado izquierdo de su lomo.

Por eso todos los días a media noche
la vieja carabina escopetea topacios
para salvar de la muerte
al ejército que descansa en mi pecho.

ISAÍAS RONDEROS, EL SASTRE

Trazar la línea de la solapa uniéndola al cuello
y por la extensión de los botones,
desprender el hilo en dos cabezas para crear un ojal
entre la aguja y el pasado.

Hacer crujir las tijeras en la sábana infiel
que envolverá los cuerpos abatidos de mañana.

Voy por la Singer
remendando la membrana ciega de la transparencia,
el lienzo zurcido en los telares de la escritura.

VÍCTOR SUÁREZ, EL GUERRILLERO

De la batalla conocí el temblor de las magnolias
en tiempos de sequía.

Intuí el estrago de un amor calcinado,
la desolación en los ojos de las muchachas
que acostumbran a hacer el amor
con soldados en el confesionario de San Bartolomé.

Algo nos fue otorgado.

Una especie de rencor en el corazón ya muerto,
una erosión que traquea en los maderos más oscuros
de nuestra descendencia.

Es el siglo,
pienso,
que viene con sus barcos difuntos
a trasladar la guerra a un sótano desaparecido.

ESPERANZA ARÉVALO, LA ACTRIZ

Primero fui corista de la iglesia San Bartolomé
siendo aún Juvenal un simple limosnero.

Luego bailarina de ballet en Guadalquivir.

Con algunos ahorros resistí New York
pero en veintiún años,
entre audiciones y heroísmos,
solo fui acomodadora de un teatro devastado
por las polillas.

Nadie conoce esta historia en Catalpa.

Al regresar,
Sandro del Musgo se enamoró de mí.

Era la esperanza de este pueblo,
la artista que perpetuaría su nombre.

Ahora soy la esposa gorda de un carcelero.

SANDRO DEL MUSGO, EL CARCELERO

Desde la garita advierto el dolor
en la furia de los reclusos.

Merodean su propio encierro,
los rastrillos en las tapias donde circula la intemperie.

Incontables son los inocentes que van
de un patio a otro
como aduaneros del purgatorio.

Procuró hablar de todo esto con Esperanza
pero Broadway
puebla su lengua hecha con el cabestrillo
de un mal lejano.

Vuelvo entonces a la garita,
a ese dolor cerrado que pulsa la intemperie.

LORENZO CAMPOS, EL ASESINO

El cuchillo debe clavarse cóncavo para romper el miedo.
Retenerlo en la mano izquierda
mientras las pupilas se opacan y corroen
la elongación del ojo.
Solo así es posible contrarrestar la furia de la muerte.
El cuerpo debe caer según la teoría de la gravedad,
profundo y doloroso.

No siempre fui asesino.

Hace algunos años
amasaba el pan de la memoria junto a Israel Menunga,
pero la memoria comenzó a traer el pasado,
y el pasado, señores,
el pasado es un recuerdo clandestino,
un instante que pendula en la voluntad del hombre.

En fin.

Como dije, el cuchillo debe incrustarse cóncavo
para inmolar el horror.

Ser cuerpo de sombra
luz negada;
cuerpo de vida
escama de muerte;
cuerpo de muerte
estrageo y sombra.

EL AHORCADO

Ya ves: oculto entre sombreros de paja
que han volado hacia la resurrección de los
muertos,
contraído como un niño sin el pezón de Dios,
seco,
prisionero en el comercio de la pérdida,
abatido en la inmolación creada
por la ceniza y el fuego,
tridente de granero, baúl de lo rotundo,
oscura honda que a fuerza de extenderse
fractura la soledad de las piedras,
repudiado en el yunque donde se arquea
la domesticación de la bestia,
invisible
con sus múltiples ruidos escuchándose
en el maullido de los gatos
se encuentra, colgado en su patíbulo,
el amor.

EL CAYADO DEL CIEGO

En el cayado del ciego
se desliza una mácula menos comprendida:
la duda.

Cuando el cayado
atiza la maleza que crece entre las grietas
de los muelles

el ciego presume un bosque
y se aparta de inmediato.

Al tropezar con la falda de una mujer
-raíz del otoño-

el hombre sin pabilo cree rozar
las mortajas de algún clérigo siniestro
y huye

temiendo la penitencia
del fabulador de ángeles en desgracia.

Pero el ciego
que es el sabio de todos los videntes
se burla del cayado y de la duda
enlazando a un perro lazarillo.

Ahora
en el filo de la ausencia,
rememora el cayado
cabizbajo,
sordo,

las hazañas de otros tiempos.

La duda
sigue siendo
funámbula del vacío.

EL FALSO LLANTO DEL GRANIZO

I

Me enamoré alguna vez de una mujer
con los pechos recién ungidos.
Era el tiempo de la guerra.
Ella recogía esparto en estaciones violentas
y yo veía crecer dos o tres caídos
sobre la hondura del agua.
La noche en que durmió el búho cetrero
un estruendo levantó las tapias
y la trepadora
que ascendía hasta los tejados
dejó su rastro a los pies de las bisagras.
Nuestra casa
una pluma en la memoria.
¿Con qué adobe está hecha su voz
que aún se oye por el cielo raso?

II

Es la lágrima del ángel que se hunde
entre las losas
o son los muslos de la muerte
trenzando su sudario.
Hay un latido sordo,
un galope súbito en los azulejos del alma.

¿Bajo qué baldosa ofendida
encontrar su eco de espanto?

III

Me enamoré alguna vez de una mujer
con los pechos recién ungidos
en tiempos de guerra.
Su piel de araucaria se vino abajo
con los muros que construimos
mientras veía desatarse el fuego
y el falso llanto
del granizo.

REFLEJOS

A Jorge Valbuena

Sé medir la soledad del espejo,
tinaja donde pastan todos los rostros.

Su indolencia es el doble de mi abandono
y su piel de inquisidor
la mitad de vacío en cada ojo reflejado.

Por la curva que rebasa su encantamiento
hila la araña de la ofensa.

Igual es su catástrofe a la mía,
semejante su resignación.

Sé medir la soledad del espejo,
basta su tiranía para reconocermé.

MONÓLOGO DE JOAQUÍN RONDEROS

En el pabellón de cancerosos alguien grita
y nadie asiste.

La enfermera anda cabizbaja
buscando unos ojos compasivos,
un cuerpo que advierta su existencia
inmaculada.

El anestesiólogo es un hombre cansado
de cargar en los huesos
la pequeña muerte de Dios.

Duerme el abandono,
el día blanco.

A lo lejos del pabellón,
cerca de mí,
el pétreo fragor de los truenos.

ORUGA

La hoja
del matarratón:

péndulo donde anida,
amarga,
después del eclipse
la
o
r
u
g
a

III

En las aceras roídas por el granizo
nadie queda.

Avanzo a tientas
por estas calles derrotadas.

Cruza la otra orilla
mojada e ilegible.

Que la danza de tus brazos salven
la inútil siembra de la lluvia.

NIEBLA

Los Andes,
ruido de hojas.

La cordillera
abre sus ojos de agua,
vacila,
teme que la niebla sea
un crimen más en la savia floja de los pinos.

Enjambre de pétalos, tronco herido,
pluma deshecha, hormigas hambrientas,
noche mendiga, piedra levantada,
sordo precipicio, cóndores irreales,
restos de nieve, celaje indeciso.

Mientras la niebla traspasa los Andes
nuestros gemidos
avanzan por la alcoba.

TRATADO DEL CUERPO

Entre los cuerpos que se agolpan en mi cuerpo
cruza un mar deforme.

Cuerpo despeñado.

Cuerpo que rehúye de su propio cuerpo.

Inmóvil cuerpo
donde la desolación levanta
un puñado de nada.

Dime
cuerpo creado por la sequía
¿en qué fatiga de los párpados,
en qué entierro de la claridad
descenderá
blanca y solísima
la salamandra de la muerte?

HISTORIA DEL AGUA

Hay diluvios que no han dejado de precipitarse,
siempre andan por ahí rompiendo las costillas.

Hunden
en la fisura de los dormitorios
cada cuerpo que se encuentran.

Hay lluvias que no han dejado de caer.
Se abren paso
con sus gotitas de súplica y dicen:
somos las lágrimas
que anteceden al desastre.

Por eso estás tú fatal delirio
mojándome sin retorno,
catalpa crucificada
que no ha dejado de crecer.

SEÑALES

Estás aquí para redimirme de la ceniza,
de este acá que codicia ser allí.

Me salvas
de la vigilia que no conduce a ninguna parte
con los ojos desvanecidos por alguna tristeza
donde un día se extravió el amor.

Entre estanques reposados,
la perplejidad.

BALADA DEL DESEO

Despoblar tus muslos con la erosión de lo perdido,
morar su mascarón de proa,
su ojo de buey.

En mis manos persiste la fugacidad del día.

SALVEDAD

A pesar de la tibieza
 en los ladrillos de nuestra casa,
 quiero partir y dejarlo todo.
Perderme, por así decirlo.
Dejarla con su hondura.

Dan ganas de huir,
 canao abajo,
de tanta desolación en los estantes,
de esta posada donde la escalera crepita
 su hastío
de sostener nuestros escombros.

Un afán de abandonar esta ribera,
 pero no.

Me basta tu voz pacífica,
la ensenada de tu cuerpo que se infiltra en mis manos.

TARROS DE LECHE

A Sergio Pardo

Recuerda la saliva de un jardín negro
que resuena en una hoja de parra.
Recuérdalo,
y si no lo recuerdas,
he de decirlo nuevamente,
repetirlo con las sílabas adentro:
no conseguía empleo siquiera de vendedor ambulante
o de torpe camarero
en el bodegón de la eternidad.
Sergio lloraba de hambre y supe entonces
que este hijo era cierto,
que los treintaitres tarros de leche estaban vacíos.
Tuve que venderlos para comprar otro tarro de leche,
es decir, la leche que retorna al almacén de la infamia
y su tarro florecido.
Quería ofrecerle los pancakes de Plath
o el ramen de Mishima
o el durazno en potaje de Doña Gertrudis,
la contrabandista, la vecina,
pero solo alcanzó para un tarro de leche
que duraría unos días,
quizá una semana más,
unas horas más.

Recuerda la saliva del jardín negro
que hunde su nariz
en la amenaza quemada
de quien muere y se retira.

ARDILLA ROJA

A Laura Pardo

Era tu cabeza la pequeña cabeza de una ardilla roja.
Mirabas con asombro a este torpe animal
buscando, sin saberlo, un rompeolas
en dónde columpiar la inocencia.

Ahora que ya no estoy contigo
y las olas se rompen en la piedad,
en su dique amenazado,
te pido que recuestes tu pequeña cabeza
de ardilla roja

y sueñame, una vez más,
si es que acaso me recuerdas.

Cuando cruces la calle tomada de la mano
de algún desconocido
aprende que esa mano va a llevarte a la guerra
donde no es posible regresar a salvo.
Aquí está el puerto que no descubrimos,
la luna que no dibujamos,
el abrazo perdido y amputado.

Mírame en el sueño, con asombro,
una vez más
si es que acaso me recuerdas
y escucha de la piedra su rumor sediento
cuando golpea nuestro abandono:
el más hermoso lugar está en este amor.

ARENA SUELTA QUE DISPERSAS
CON TU MANO

Por alguna ventana se desplomará la noche.

Ven a preguntarme por el color de la penumbra
desde tu infancia temerosa
indefensa porque no conoces más que la respiración
del sol.

Llega con sus zapatos envejecidos
filtrándose con cinismo por las tejas de zinc
azotando la claraboya.

Así como tú,
andina mía,
la noche es una mujer con todos sus milagros.

EL COMIENZO DE LOS FRUTOS

He tendido en el follaje
este ir y venir de lo que acaso espero,
una palabra justa,
un estruendo que encienda el horizonte.
Bajo esta casona del mundo
todo es ajeno.

Este es el día con su delgado cansancio,
haz emerger mis restos de la tierra.

Mírame,
he sido y soy bajo este arce pálido
que no resguarda
el doméstico humo de una casa incendiaria.

Eres el mundo,
el comienzo de los frutos.
Yo soy la espesura de hojarascas y escombros.

EL RELOJ

A través de sus ojos estremece el mundo.

Lo hace y lo deshace
para entregarlo al futuro que nunca empieza.

Aquí queda su pasado,
en esta inercia que agoniza
en el traspasio del día.

Es necesario oír otras voces
para destrozar su sonido.

LA VENTANA

Parece más compasiva la ventana
que la propia piel que conocemos.

Conjetura un paisaje afuera
mientras nosotros
tallamos lo invisible.

LA PUERTA

Azótala como a la piedra,
mídele su cuadratura.

Viento: tócala,
intérrnate en ella,
mírala de reojo,
entreábrela para que se vean los fantasmas
al otro lado de la desolación,
rózala que también respira,
corróela y luego lávala.

Dale gracias por estar ahí
reclinando tu casa
y cuando entres
cierra sus crujidos en silencio.

SOBRE PÁJAROS, ÁRBOLES Y SOMBRAS

En un festival de poesía
de cuyo nombre no quiero acordarme
le mencionaba a Balam Rodrigo
que desde el siglo de las colonias
la poesía está infestada de pájaros, árboles y sombras.
- ¡Cómo no cantarles a los pájaros?, me dijo.

Sobre los pájaros escribió Prévert que
*Para hacer el retrato de un pájaro
primero debe pintarse la jaula con la puerta abierta
y segundo esconderse a la sombra de un árbol
hasta que llegue el pájaro;*
lo tercero ya no lo recuerdo
pero sí recuerdo que hablaba
sobre la arquitectura del árbol
o de todos los árboles juntos,
o del viejo sicomoro donde Ann Sexton
recogía el tiempo antes de la asfixia,
o quizá en ese poema se leía que Novalis
pedía a gritos reencarnar en algún pájaro
para volar dentro de sí mismo.

¡Qué decir entonces
sobre los odiados espantapájaros?
Ya lo advertía el ornitólogo José Manuel Arango
*En ellos se esconde la muerte
mientras el viajero se calza para el camino.*

Sombras, árboles, pájaros.

No hay poeta que no haya escrito
sobre la sombra.

Humberto Ak'abal decía que
Es una noche pequeña;
la austriaca Bachmann que
Es el agua en tierra extraña
y dentro de un agua extraña su sombra,
es decir, una sombra en una sombra;
lo único que quería tener en los bolsillos

Alda Merini

era el sonido de la sombra;
Musset decía de la sombra que
Solo existe por la luz;
sin embargo Jun'ichirō Tanizaki
es el dios de los escritores a la sombra
y de su elogio podríamos hablar
otro siglo de las luces
o un siglo más de las colonias
sin detenernos a pensar en su reflejo.

En un festival de poesía
de cuyo nombre no quiero acordarme
escribí el último pájaro,
el último árbol,
la última sombra.

GELMAN POR HELLMAN

*Las viejas casas palidecen en tardes como ésta/
nunca es mayor su harapienta melancolía.*

Juan Gelman

El pajarito de vos / vigía de otras noches
sigue guardando en su canto / arbustos llagados
que vuelan en la latitud del alma / en la amargura del
alma /
alma que tiembla / tiembla / como noche / como día

donde vos vas y deshojás todas las palabras / todas
las palabras juan / todas las palabras que vivimoriste /
que entraron en tu boca y se agolparon en tus ojos /
dolidas /
absortas / mudas como el mundo mudando heridas

que aún guardás dentro / marcelo lo sabía / ariel /
que andás guardando golpes de pecho / golpes de
corazón
entre los pechos y el corazón de mara / en su vientre
mundial /
mirá cómo se ahonda el miedo cuando leés / mirá

cómo el castellano arde porque apenas nace / renace
en cada silencio / en cada rastro / rostro de vos /

poemas de amor del desamor en tan poca revolución /
debes andar triste juan / por tan poca revolución

en la revolución / se acaba el tiempo para armarla / para
amarla /

el tiempo es un reloj sin siglo / sin minuterero /
la lluvia que deslluvia los caminos / el hambre del pan
duro

apostado en la costilla izquierda / en la humareda
izquierda

del cigarro aquel / dulcísimo / solísimo / que fumaron
vos y buenos aires / vos que sos un pasaporte fundado
en el serrín del lenguaje / vos que escribís en la orilla
de la desolación /

entre la desolación de todos / nosotros / simples mortales

pesados viajeros desconocidos / indicanós la justa manera
de cómo cargar los ojos manchados de dolor / enseñanós
a llevarlos en el lugar de la cólera / a reir porque reís y reís /
con esa sonrisa aciaga / sos relámpago / palito que
no tenés madera /

ni bandas municipales en ninguna mujer / en naidas /
en nada / pero alimentás el castellano con las manos
exiliadas

en quito / en roma / en medellín / esas gentes /
algunas gentes / digo / que despojaron hijos deshijados
/ hijos

otoñales / son para vos la poesía y la poesía / y la poesía
que anda buscando los hijos otoñales / moridos / bien
lo sabés /
almita que se elevó en la paloma de la tarde / luna donde
se posan
sidney west y julio grecco y josé galván / que se preguntan

¿dónde estará la quijada rota del ayer? / los lamentos
del ayer
del hoy / del nunca / dónde el bandoneón / el tango
para hacer temblar los huesitos amorosos de la furia /
juan / yo en tu lugar dejaría a las mujeres con todas sus
mujeres

en la mujer de john wendell / en sus brazos de madrugada /
o en los ojos de sim simmons o en sus catalpas calcinadas
de llanto / o en el país divisible del agua / que en realidad
son todos los países que respirás / sangrás / para no
olvidarlos /

y soy Hellman / y sos Gelman / ¿ya qué viene todo esto? /
todo porque un día sentí a una ofelia en el amor crecido /
todo porque soy irremediabilmente triste como la ofelia /
como vos / como el amor desamado / como juan /
como yo

HELLMAN PARDO (Bogotá, 1978). Entre sus premios nacionales de poesía se encuentran: Eduardo Carranza en 2010; Casa Silva en 2011; el Premio del Festival Internacional de Poesía de Medellín en 2014 por su libro *Historia del agua* y el XIX Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus por su libro *Reino de peregrinaciones*, en 2018. En 2011 el Ministerio de Cultura le concede la Beca a la Circulación Internacional de Creadores en New York. En poesía ha publicado *La tentación inconclusa*, (2008); *Anatomía de la soledad*, (2013); *El falso llanto del granizo*, (2014); *Los días derrotados*, (2016) y *Reino de Peregrinaciones* (2018). Su novela *Lecciones de violín para sonámbulas* fue publicada en 2018 por Uniediciones. Miembro fundador de la Revista Latinoamericana de Poesía *La Raíz Invertida* (www.laraizinvertida.com).

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de eratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en septiembre de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem